

MAR AUSENTE

Asió con fuerza el supuesto remo y, cerrando los ojos, trató de imaginar un mar. Aunque creyó oír las olas con nitidez, e incluso cánticos de sirenas, no se le ocurría nada. Nada. El vacío. Letras amontonándose en su cabeza sin formar frases, ni siquiera palabras. Y sin palabras, no podía imaginarse el mar.

Cuando, tres meses atrás, Miriam le dejó por su quinta infidelidad –en realidad era la sexta, pero ambos se habían descontado- se llevó su ropa, sus perfumes y sus pintalabios, sus libros y los poemas que se habían escrito el uno al otro. Halló una casa desangelada, ya que Miriam se había llevado hasta el rosal cuidado con tanto mimo. En su lugar, una nota de despedida: “Es más fácil encontrar rosas en el mar. Adiós”. Él entonces no lo sabía, pero lo intuyó: se había llevado también todos los recuerdos compartidos con el mar, como los primeros, cuando se conocieron en una playita cercana a Cadaqués. El Mediterráneo susurraba: la mar, amar, el mar, amor, el mar, la mar.

Juntos decidieron conocer el Egeo. Fue su primera crisis y se convirtió en costumbre. El Caspio, el Negro, el Adriático. Cruzaron medio mundo para bañarse y amarse en el Caribe y se sumergieron en el frío mar del norte, entre fiordos.

Él sabía que le bastaba con andar un par de kilómetros para encontrarse con el mar. Pero el tiempo era desapacible y no quería enfrentarse a una mar que reflejase sus grises interiores. Era como si Miriam se hubiera llevado también el buen tiempo.

Sin mar y sin sol. Sin palabras. No escribía nada desde que ella se había ido.

Aquella mañana decidió que su exilio tenía que terminar. Reunió sobre la alfombra todo lo que sabía, olía, recordaba a mar., como las conchas recogidas en sus largos paseos juntos (las que ella no se había llevado), los cantos de perfecta redondez de Alcaná, la caracola encontrada milagrosamente en La Habana, el saquito de fina arena tunecina... Encendió las velas que había comprado y que, según aseguró el dependiente mintiéndole descaradamente, olían a mar profundo y límpido. Se sentó en la alfombra, azul, cogió la escoba a modo de remo y cerró los ojos, intentando imaginarse en una barca, en medio del océano.

Miriam se había llevado el mar. Harta de engaños y palabras dulces pero fatuas, de poemas de fingido amor y de viajes redentores para descubrir mares; de sus lágrimas saladas y conmovedoras, hasta el punto de hacerla sentir culpable de sus mentiras; de sus cansadas disculpas, de sus cansinos bombones en forma de corazón y rellenos de excusas.

Observaba, absorta, las miles de conchitas blancas bajo sus pies desnudos. Sintió un escalofrío y pensó fugazmente en Julio pero, por suerte, una ola se llevó la imagen. Estallarían en mil gotas blancas en algún acantilado lejano.

De repente, sin avisar, la noche africana cayó sobre ella. Ahora ya sólo oía el mar. Su mar.

